

EL POLIGONO DE CABO CAÑAVERAL

**hace
quince años
era una región
pantanososa
y selvática
habitada sólo
por alimañas**

cabo

Banana River

Océano Atlántico

1.—Zona reservada a los proyectiles pesados. 2.—Proyectiles de largo alcance. 3.—Centro de montaje de proyectiles. 4.—Puesto central de control y oficinas administrativas. 5.—El lugar donde descansan los astronautas antes del lanzamiento. 6.—Planta de lanzamientos para vuelos del proyecto «Mercurio». 7.—Zona destinada a los primeros lanzamientos. 8.—Nueva rampa destinada a los proyectiles pesados. 9.—Depósito subterráneo de combustible. 10.—Edificio de control del proyecto «Mercurio». 11.—Proyectiles de medio alcance. 12.—Rampa de lanzamiento del «Redstone». 13.—Centro de Transmisiones. 14.—Laboratorio para la producción del oxígeno líquido. 15.—Nueva rampa en proyecto. 16.—Puerto Cañaveral. 17.—Campo militar.

EL 20 de julio de 1947, un grupo de hombres llegó en coche a New Smyrna Beach, un pueblo de pescadores de Florida, en la carretera que lleva a Miami. Era un lugar selvático, cubierto de palmeras bajas y matorrales de coníferas quemadas por el sol. Entre los arbustos anidaban las serpientes; en las zonas pantanosas, cerca de la costa, se movían torpemente los cocodrilos. Los hombres llegados del Norte bajaron de su coche y se internaron por una lengua de arena separada de tierra firme por la laguna de los Mosquitos. Caminaron horas y horas entre picaduras de los mosquitos y gritos de los pelicanos y las codornices. Al final se encontraron en una península triangular llena de lagartos y cañaverales: delante no había sino el Atlántico infinito. La tierra más cercana, las islas Canarias, distaba 6.000 kilómetros. El jefe de aquellos hombres se volvió hacia sus colegas y dijo: «Este es el sitio que buscamos.»

Aquella banda de arena entre el océano y el continente americano era Cabo Cañaveral, un nombre entonces desconocido, y los hombres llegados del Norte eran un grupo de científicos. ¿Qué punto mejor para instalar un «cosmódromo» espacial? Hasta Julio Verne, en una profética novela escrita en 1865, lo había elegido como punto de partida para el fantástico viaje de Barbicane y Michel Ardan de la Tierra a la Luna.

Los científicos regresaron a Washington y discutieron largamente con el Gobierno americano. Mientras el presidente Truman preparaba una propuesta de ley para presentarla al Parlamento, sobre aquel terreno inhóspito infectado de mosquitos, fue enviado un Douglas C 47 que, por varios meses, en vuelos continuos, esparció toneladas de DDT. Luego, en los comienzos de 1950, llegaron los primeros «missile men» seguidos de miles y miles de camiones cargados de «bulldozers», excavadoras, grúas, cemento y aparatos electrónicos. Los verdaderos trabajos fueron iniciados el 1 de mayo en una atmósfera de increíble fervor de pioneros. Nacieron carreteras larguísimas, refugios subterráneos, restaurantes, templos presbiterianos, escuelas. Ochenta y cinco días después, el 24 de julio de 1950, de la rampa

de lanzamiento número 5 partía el primer cohete: una V-2 alemana recuperada en la base nazi de Peenemünde y reforzada con la segunda sección de «Wac Corporal» americano. Desde entonces se han producido más de mil lanzamientos, se han gastado en las instalaciones más de 62.000 millones de pesetas y han sido contratados 28.300 especialistas y obreros.

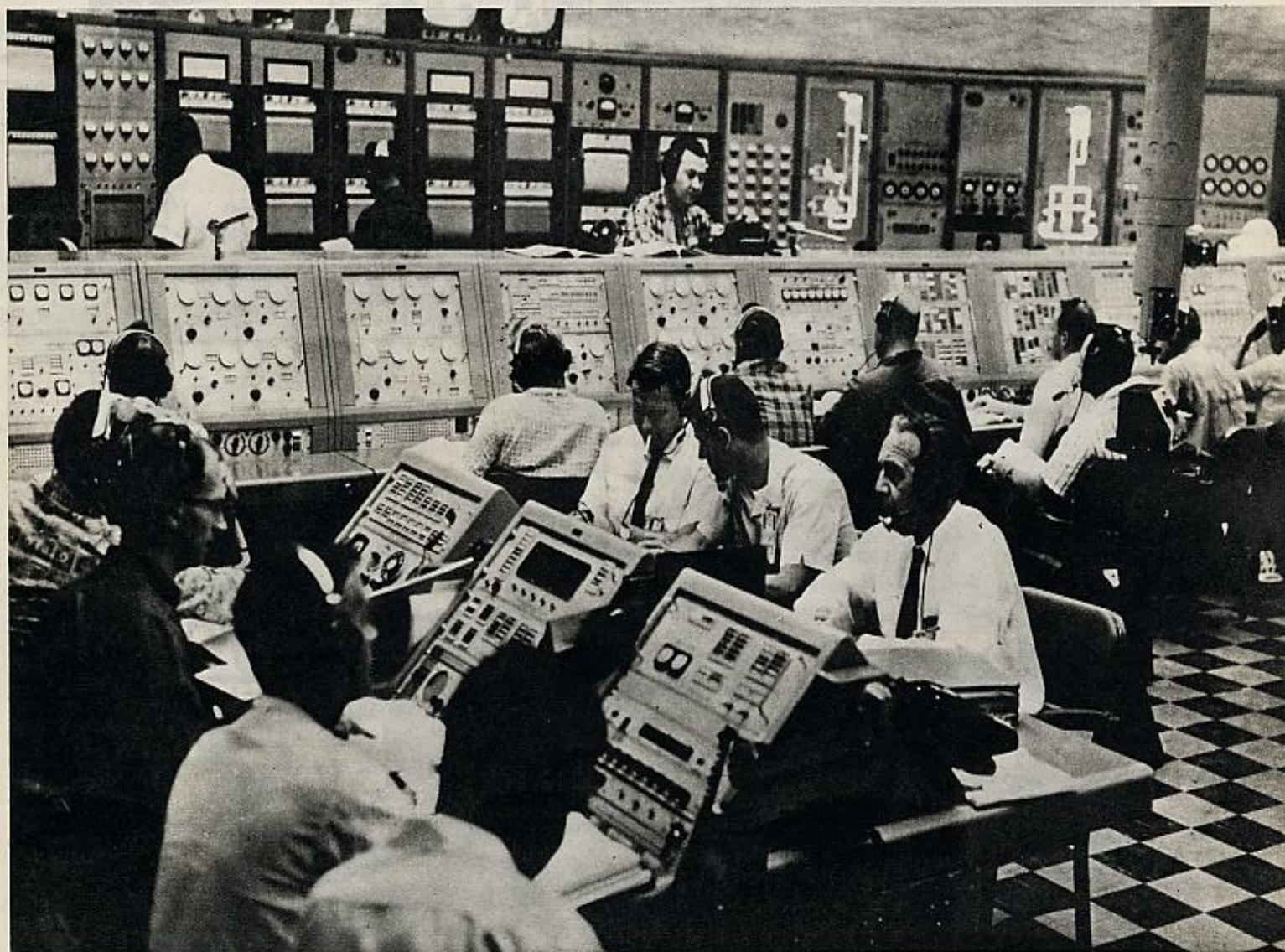
Cabo Cañaveral, oficialmente denominado «Cape Canaveral Missile Test Annex», es uno de los tres complejos que componen el centro experimental de proyectiles dirigidos de la avia-

ción militar. Los otros dos son la «Patrick Air Force Base», el cuartel administrativo al sur del polígono espacial, y el «Atlantic Missile Range», que comienza en Cabo Cañaveral y se extiende en línea aérea sobre 14.400 kilómetros hasta el Océano Indico, más allá del Cabo de Buena Esperanza. Administrativamente todo depende de la Aviación Militar, al mando del Mayor General Leighton I. Davis; pero, como ocurre frecuentemente en los Estados Unidos, la responsabilidad de la vida material de la base de lanzamiento ha sido encar-

SIGUE

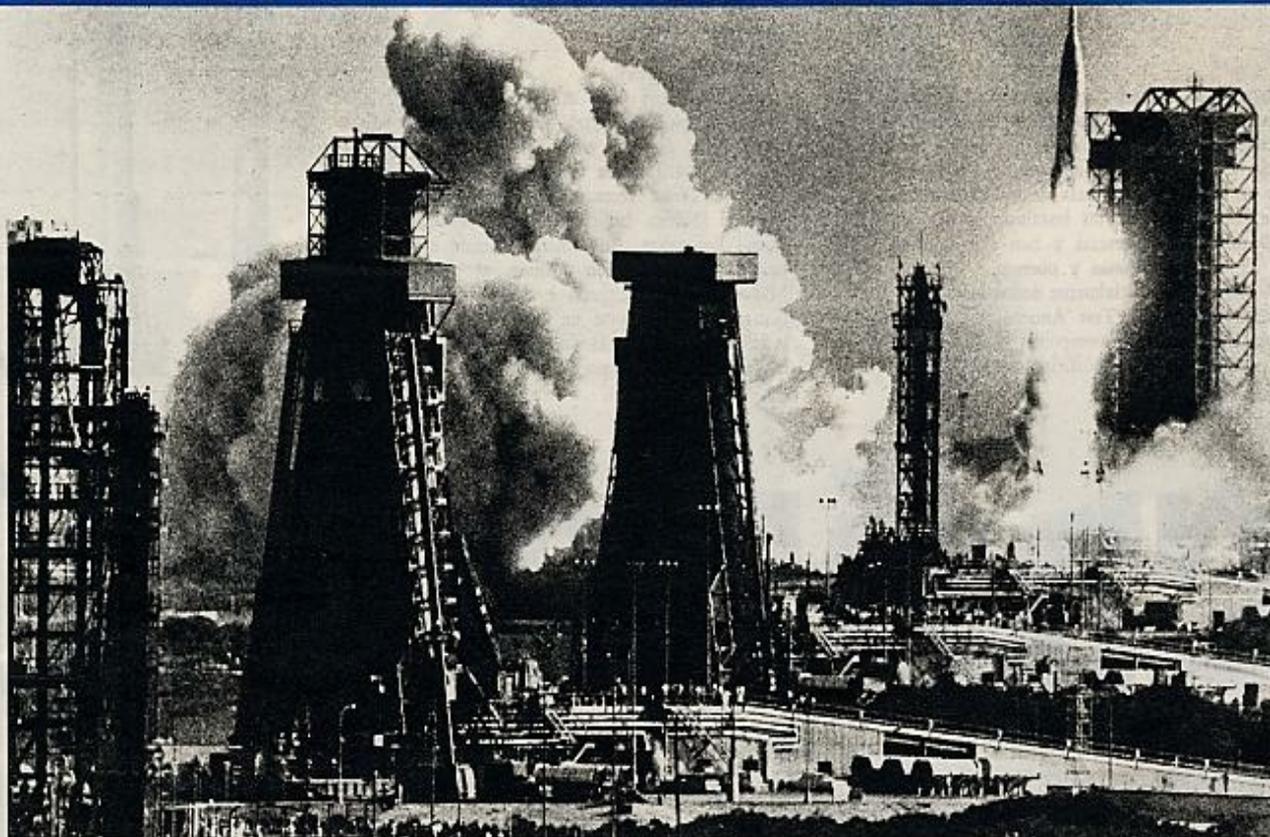


Cañaveral



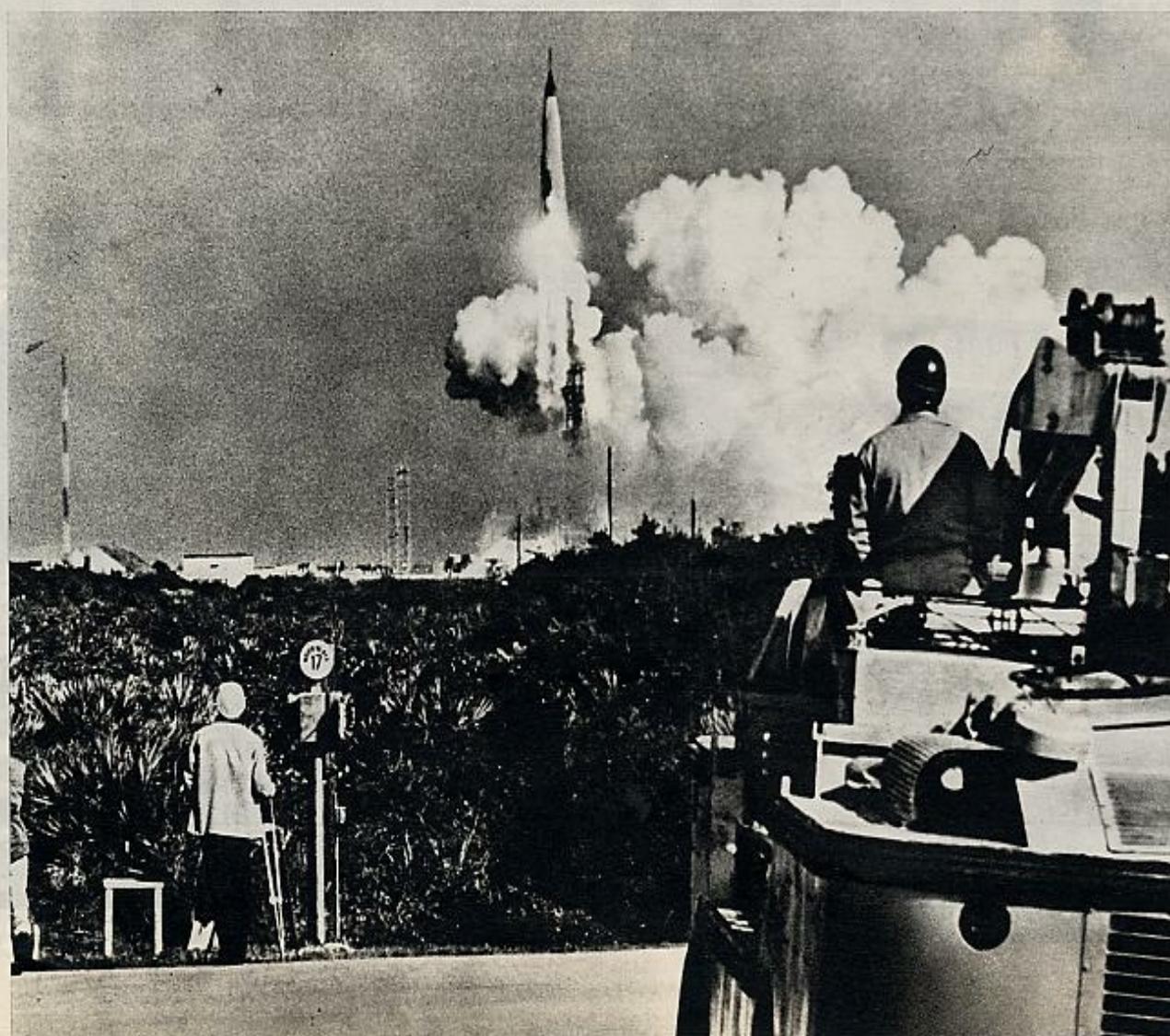
Los científicos y los técnicos de la N.A.S.A. llevan a cabo un simulacro de lanzamiento del «Saturn», el cual hará posible algún día el envío de hombres a la Luna

LOS PROYECTILES DIRIGIDOS SE



Donde sólo había matorrales y reptiles, se alzan las instalaciones de Cabo Cañaveral. La actividad en esa especie de «cosmódromo» es febril

El personal observa el lanzamiento de un vehículo, serie «Mercury», con un cohete «Atlas». Los espectadores deben colocarse a gran distancia



gada a dos empresas privadas: la Pan American y la Radio Corporation of America.

El campo de tiro más caro del mundo

El polígono de tiro —denominado familiarmente «the world's most expensive shooting gallery» (el tiro al blanco más caro del mundo) es visible a simple vista desde la playa y desde la autopista. Las valiosas instalaciones, a diferencia de lo que ocurre en Rusia, están libremente abiertas a quienes deseen visitarlas. Basta dirigirse a la N. A. S. A., la agencia espacial americana, y pedir el permiso. Un servicio organizado lleva a los visitantes en autobús o coche militares desde Cocoa Beach hasta la entrada al polígono de los proyectiles.

El polígono verdadero es un triángulo de arena de 66 kilómetros cuadrados, que con las instalaciones en programa se convertirán en 300. Las áreas de lanzamiento son tres. La más grande, la reservada a los proyectiles pesados (*Atlas*, *Tilán*, *Centauro*, *Saturno*), se encuentra en el lado nordeste y tiene ya once rampas dispuestas y una en construcción. La segunda área, la de los proyectiles medianos (*Thor*, *Júpiter* y *Minuteman*, de la Aviación; *Redstone*, del Ejército, y *Polaris*, de la Marina), tiene cinco rampas y se encuentra en el sudeste. La tercera, destinada a los experimentos menores (*Martin Mace*), tiene también cinco rampas. En total, veintidós.

Cada rampa de lanzamiento es un complejo autónomo, que comprende una torre de servicio (la del *Saturno* es de 95 metros de alta, como un edificio de 28 pisos), una casamata de cemento armado distante 20 metros del punto de lanzamiento, instalaciones especiales de comunicación y grupos de técnicos, bomberos y encargados del carburante, provistos de casco y vestidos de amianto. El proyectil dirigido se controla desde la casamata, que es una fortaleza con muros de dos metros de espesor, capaces de soportar sin daño la tremenda explosión de 25 toneladas de trinitrotolueno. Antes de cada lanzamiento, las puertas son cerradas y selladas: se explora el exterior por medio de cuatro periscopios y de seis televisores de circuito cerrado.

De noche es una visita fantástica

Si de día la visita al gran centro de los proyectiles puede parecer monótono, de noche todo se hace fantástico. Llegando a lo largo de la carretera, después de haber atravesado el *Banana River* y la pequeña bahía de puerto Cañaveral, centro de recogida de cangrejos y frutas, se encuentra de pronto una llanura tachonada de luces: rojas, blancas, anaranjadas, amarillas, verdes, continuas o a intervalos que palpitan fantásticamente bajo el cielo de Florida lleno de estrellas. Cuando hay en programa un lanzamiento, el proyectil, prisionero en la torre de servicio, está iluminado por potentes reflectores.

La torre de servicio que aprisiona al proyectil y su cápsula se aleja una hora antes del lanzamiento, transportada sobre sistemas de ruedas a un lugar determinado. Junto al astronauta, inmóvil dentro, no queda hasta dos minutos antes del «¡ya!» sino el «cherry picker», una enorme grúa dispuesta a entrar en acción en casos de accidente. Los últimos veinte minutos del «cálculo al revés» son muy dramáticos. En el silencio casi absoluto se advierte sólo un **SIGUE**



Un nuevo método para determinar los efectos de las aceleraciones rápidas, en el ojo humano, durante el vuelo, ha sido ensayado en los Estados Unidos, obteniéndose resultados de indiscutible trascendencia



Un intenso entrenamiento es necesario para saber si un hombre está capacitado para los vuelos espaciales. El electrocardiograma registrará las reacciones de este aspirante

ligero zumbido de las cámaras tomavistas. Cuando el artefacto inicia su trayectoria, dejando tras sí una estela llameante, la tensión reprimida explota en gritos de «¡Go, go!» (¡Va, va!) lanzados por los técnicos y por los millares y millares de espectadores que acudieron de todos los sitios del país. Frecuentemente estos curiosos, que los de la base llaman «bird watchers», están acampados en la playa durante semanas: de día se bañan y de noche encienden hogueras sobre las que asan «bistecs» succulentos.

Los científicos y los miles de técnicos que trabajan en Cabo Cañaveral pertenecen a sociedades diversas, cada cual con intereses propios que defender y secretos que proteger aun de la competencia interior. En las 300.000 partes de que se compone un Atlas están interesadas decenas de

firmas grandes y pequeñas, que han concedido contratos y subcontratas. La tensión es continua, y la competencia entre sección y sección es reñida. «Si los programas se hubieran preparado con tiempo —dicen todos— y si no se hubiera perdido tiempo con huelgas y rivalidades entre los diversos mandos militares, los rusos no habrían llegado primero al espacio.»

Los agentes del servicio de seguridad del mayor «cosmódromo» del mundo son únicamente 300, menos de los habituales en cualquier pequeña ciudad.

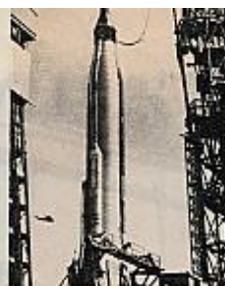
El centro habitado más próximo a las bases de lanzamiento es Cocoa Beach, que en 1950 tenía 249 habitantes, y ahora cuenta con más de 20.000. Cocoa Beach, que surge en el silencio de una llanura cubierta de hierba, es el

modelo del «Far West» moderno: casas de madera y casas de piedra, campamentos de roulotés y pequeños hoteles con insignias inspiradas en motivos espaciales: *Satellite*, *Vanguard*, *Astrocraft*, *Polaris*, *Starlite*. Un Luna Park entre las palmeras de Florida.

Prohibido el romanticismo

Casi toda la ciudad pertenece a Jake Broadsky, un ex sargento de la aviación que dejó de serlo después de la guerra. Cuando llegó a Cocoa Beach, en 1948, no tenía un céntimo. Pero como había sido campeón de bolos, abrió un local cerca de la playa, animado y ayudado por sus ex

un ex sargento es el dueño de cocoa beach, la población más próxima a cabo cañaveral



colegas de la vecina base aérea, entusiasmados de la idea de tener un local para encontrarse después del servicio. Cada mes, con los ahorros hechos, Jake compraba terreno a los cultivadores de fruta, que no encontraban mano de obra en aquel territorio infectado de mosquitos. Ahora es el propietario de media Cocoa Beach, y su fortuna, según dicen sus amigos, ha subido más alta que los proyectiles.

En Cocoa Beach y Cabo Cañaveral no se respira nada más que «aire espacial» y las aventuras románticas están prohibidas. En los «nightclubs» sólo se encuentran señoras con sus maridos, y los espectáculos tienen el tono tranquilo y soñoliento de las provincias habitadas por cuáqueros. Frecuentemente la atmósfera sufre una sacudida con los desfiles de modelos, pero éstos están organizados por las fuerzas armadas y presentados por un Mayor de la aviación o del Ejército que, con desenvoltura, comenta al micrófono los modelos de hombre y mujer.

En general, los civiles y militares que van a Cocoa Beach en automóvil juegan al bridge y toman espléndidas cenas a base de pescado y mariscos. Los sueldos altos permiten un tenor de vida superior a cualquier otra zona del país. Con los «extraordinarios», un excavador gana 17.000 pesetas a la semana; un electricista, 41.000, y un fontanero, 45.000. En 1950 fueron pagados sueldos por un valor de 124 millones de pesetas; este

año alcanzarán la cifra fantástica de 980 millones.

El horario de trabajo es fatigante, y los civiles deben atenerse a la misma disciplina que los militares. Frecuentemente, cuando se prepara un lanzamiento, obreros y especialistas no duermen noches enteras y se turnan ante los instrumentos cada veinticuatro horas. Para todos rige la obligación del secreto de todo asunto que se haya definido como «clasified» (reservado) y esta norma se observa inflexiblemente. Lo mismo ocurre en el control de la identidad en las dos entradas del «cosmódromo», al Norte y al Sur, cerradas por una doble barrera blanca. Ninguno puede atravesar sus límites si no muestra su salvoconducto, aunque fuera el mismo Wernher von Braun o el presidente de los Estados Unidos. Los guardias son inflexibles.

Ahora Cabo Cañaveral está en vías de expansión; millares de hectáreas han sido adquiridas por la N. A. S. A. en la región de Brevard, y en diez años trabajarán en la base de lanzamiento 140.000 personas.

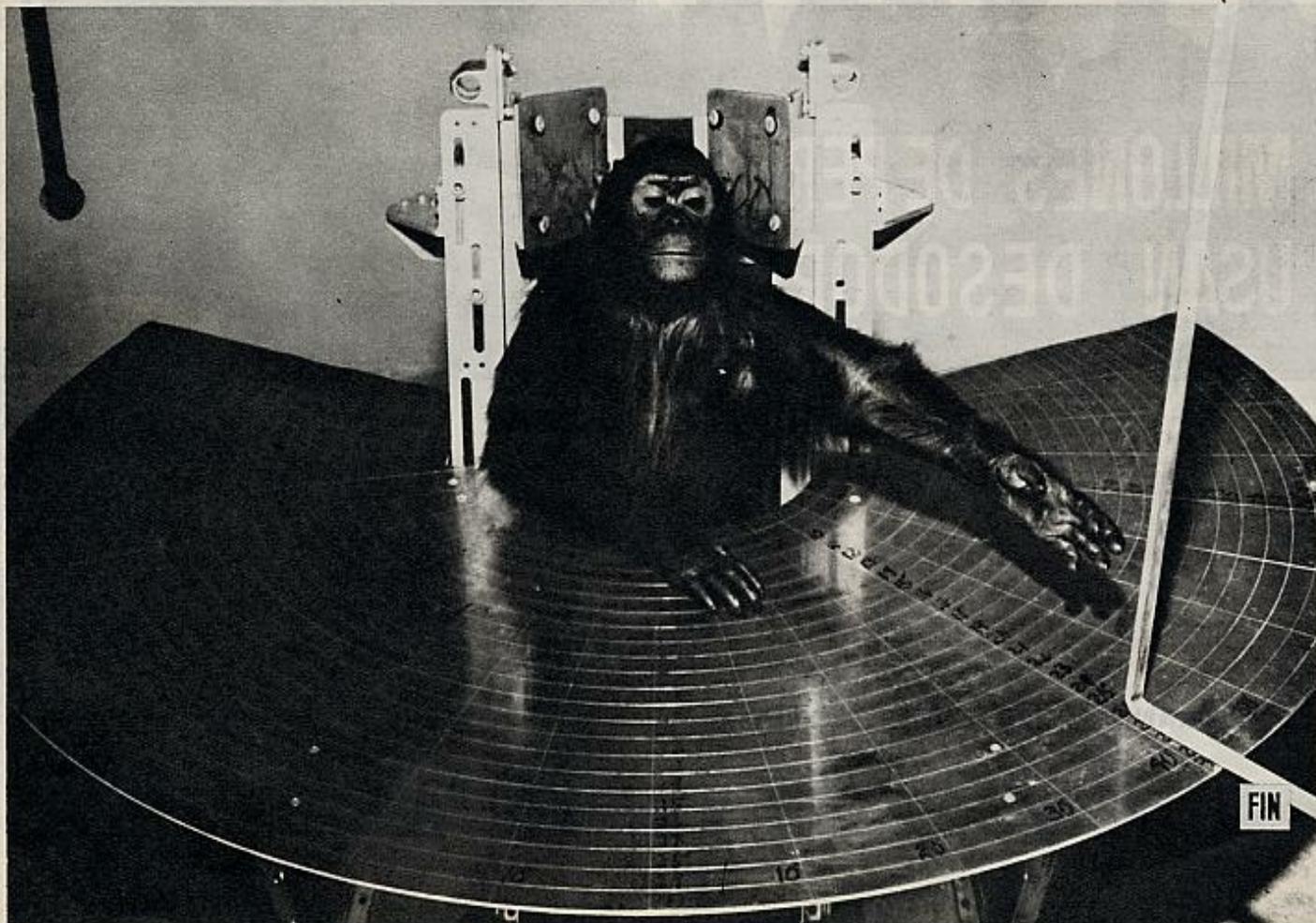
Al norte de las torres de los *Atlas* y los *Titán* se divisa ahora ya el inmenso andamiaje del *Saturno C-1*, la nave espacial más potente preparada hasta ahora por los americanos. La torre de servicio tiene 103 metros de alta y pesa 2.800 toneladas, y cuesta casi 300 millones de pesetas. En los próximos dos años, de esa inmensa armadura se desprenderán diez cohetes

Saturno C-1; pero se trata solamente de experimentos que serán seguidos por los lanzamientos de los C-2, C-3, C-4. Sólo cuando todo el polígono esté terminado, transformándose en el «puerto espacial» más extraordinario del mundo, los científicos americanos pondrán en posición sobre una plataforma, ahora en proyecto, el *Saturno C-5*. De 117 metros de altura y pesando 3.000 toneladas, tendrá tal fuerza de propulsión que elevará una cápsula con tres hombres. El plan en el que se está trabajando ya hace tiempo, costará más de 230 millones de pesetas.

Lo que se está desarrollando en Cabo Cañaveral, entre las torres y las rampas frente al Atlántico, ha superado ya los límites de la fantasía. Pero es algo más que un sueño; la más prodigiosa tentativa de Occidente para llegar al dominio del espacio. Falta aún una parte de los especialistas necesarios; pero pasados algunos años entrarán en servicio los diplomados del «Brevard Engineering College», de Cabo Cañaveral. Es la primera universidad americana donde se puede conseguir un diploma en «tecnología espacial», y se encuentra precisamente en el área del «cosmódromo». Para estos jóvenes que aspiran a la Luna y a los planetas, los vuelos de Glenn y Titov son simples «ejercicios de artillería».

FRANCO OCCHIUZZI

El chimpancé «Enos» ha sido utilizado en los ensayos de lanzamiento de seres vivos. Antes del viaje fue sometido a duras pruebas para medir su capacidad de resistencia



FIN